

Domingo IV Adviento

Isaías 7, 10-14; Romanos 1, 1-7; Lucas 1, 26-38

«Cuando José despertó, hizo lo que le había mandado el ángel y se llevó a casa a su mujer»

22 diciembre 2013 P. Carlos Padilla Esteban

«María es bella porque ama. Nosotros seremos más bellos cuando amemos más, cuando nos demos más y no vivamos centrados en nuestro interés»

Hay una tensión entre dos posibles actitudes en la vida: darlo todo y vaciarnos o no dar nada y guardarnos egoístamente. Queremos dar, queremos ayudar, porque dar nos hace sentirnos útiles y porque somos capaces de amar. Pero al mismo tiempo tendemos a reservarnos, a buscar nuestro espacio, a dar respuesta a nuestros gustos, a pensar sólo en nosotros. Vivimos esta tensión muchas veces. Es verdad que el amor sano y auténtico nos lleva a querer entregarlo todo. Es una necesidad que surge de un alma que busca amar, aunque sepa que la pureza de intenciones cuando nos damos no se da siempre: «Descubro entonces que mi servir no tiene la pureza de intención que debería tener, pero incluso así tengo que salir a servir porque me llena, y me sale natural, y el quedarme sola me espanta». Nos damos porque nos llena, porque dando recibimos mucho más, porque nos alegra ayudar y servir a otros, porque así nos sentimos útiles, no lo podemos negar. Pero no por eso pierde sentido y fuerza nuestra entrega. Dios se sirve de ello. Y así estamos siendo fieles a lo que el Papa Francisco señala en su Exhortación: «La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión». Es misión dar, entregar la vida, hacer algo por los demás, salir de nosotros mismos, ayudar al que necesita, ser misericordiosos. Añadía el Papa Francisco: «El bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás». Siempre podemos dar más y entonces surgen las dudas en el alma. Los sentimientos de culpa aumentan y nos sentimos responsables de toda la humanidad. No llegamos a todo ni a todos. **Siempre se nos puede pedir más, nos pueden exigir más, porque podemos dar más.**

Siempre hay algo más que podemos hacer, algo más que podemos dar. Entonces, ¿quién pone los límites? ¿Dónde nos detenemos y decimos: ¡Basta!? Dios nos pide a cada uno de acuerdo a nuestras capacidades, teniendo en cuenta nuestro camino, aquella vocación que nos ha regalado. El tiempo es limitado y sólo podemos poner prioridades, para saber cuándo es necesario poner un freno. Pero es verdad que siempre podemos dar más. Surge entonces la pregunta en el alma, ¿es posible darlo todo sin perder la vida? Es posible, es un milagro, un don, una gracia. María y José lo dieron todo. Muchos santos lo han hecho y lo siguen haciendo hoy, en silencio, con humildad. Porque, al fin y al cabo, la vida nos la dan para darla. Y nosotros queremos darla. Porque el corazón está hecho para el infinito, eso lo sabemos y no podemos conformarnos con sobrevivir, con dar un poco, con cansarnos en seguida cuando no recibimos nada a cambio. Eso es el Adviento, ensanchar el alma, para dar más, para preguntarnos si nos estamos dando, para desear más y que los sueños nos levanten cada mañana alegres. El que no da, no ama y se endurece. El egoísmo de aquel que sólo quiere recibir, es algo muy triste. Cuando nos falta amor nos ponemos viejos y feos. María es bella porque ama. Nosotros seremos más bellos cuando amemos más, cuando nos demos más y no vivamos centrados en nuestro interés. El amor nos hace más puros, más de Dios, más libres. **El egoísmo nos afea, nos limita, nos empobrece.**

Pero a veces nos sentimos culpables, porque nos guardamos algo, nos reservamos y no lo damos todo. En ocasiones llegamos a pensar que somos egoístas cuando hacemos algunas cosas pensando en nosotros mismos y no en los demás. Los hobbies nos parecen una pérdida de tiempo. Dedicar tiempo al ocio lo mismo. Y no debería ser así. El ocio bien utilizado nos ayuda y capacita para dar más. Pero aún así podemos sentirnos culpables: ¿Es eso lo que Dios quiere? ¿Es lo más santo? Queremos entregarlo todo y, al mismo tiempo, queremos mantener el equilibrio. Podemos vivir la tensión de dar demasiado. Nos damos, nos vaciamos, y nos enfermamos. Porque no ponemos límites. Y hay un instinto en el alma, el de la supervivencia. El corazón no quiere morir del todo. Nos inmolamos, pero, no dejamos de ser personas con deseos y sueños propios. ¿Los escuchamos? ¿Nos hacemos caso? Nos entregamos porque la vida sólo merece la pena si se entrega. Pero no queremos perder el centro, porque si lo hacemos, al final, por algún lado, acaba saliendo la tensión y el sentimiento de culpa. ¡Qué difícil saber hasta cuándo hay que dar cuando miramos a Cristo que se hace uno de nosotros sin privilegios y se humilla y entrega hasta la cruz! ¡Qué difícil cuando contemplamos a María, que acoge como esclava el querer de Dios, camina entre los pobres hacia Belén y se ofrece por entero sin guardar nada para Ella, renunciando en cada paso! ¡Qué difícil cuando pensamos en los santos que se han vaciado por amor y su vida ha tenido un sentido muy grande entre los hombres y en el cielo! Es el equilibrio entre querer dar la vida amando y amarnos a nosotros mismos respetando nuestros tiempos, las necesidades del alma, el cuidado de nuestra soledad. Si vivimos volcados hacia fuera sin escuchar el corazón, nos acabamos secando. Sólo podemos dar lo que va creciendo en lo profundo del corazón. Vivir totalmente hacia los demás nos acaba descentrando. **¿Nos cuidamos? ¿Cuidamos nuestro jardín interior para poder así dar más desde dentro?**

Ante la tentación de dar en exceso, surge el atractivo de no dar. Y así nos podemos volver egoístas. El egoísmo, el egocentrismo, son males de nuestro tiempo. Cuidamos tanto nuestros espacios propios, nuestras aficiones y gustos, que todo lo demás pierde. Descuidamos la misión, lo que Dios nos pide. Y entonces el alma se pone mustia y triste. Decía el Papa Francisco en la Exhortación apostólica: *«Esto frecuentemente se debe a que las personas necesitan imperiosamente preservar sus espacios de autonomía, como si una tarea evangelizadora fuera un veneno peligroso y no una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos»*. Y entonces nos buscamos, buscamos nuestra alegría y no la encontramos. Buscamos sólo hacer nuestra voluntad y no nos deja contentos. Nos asustan los compromisos. Cuidamos nuestros tiempos reservados para el ocio. El deseo de disfrutar de la vida es más fuerte que el deseo de dar la vida. Es la tentación de querer satisfacer todos los deseos buscando la propia felicidad. Satisfacer significa hacer lo suficiente para calmar el ansia que anhela lo infinito. Pero nos damos cuenta, cada vez que lo intentamos, que siendo egoístas no somos felices. ¿Dónde está el punto medio en nuestra entrega? Ese punto medio es el ideal, pero, ¿cómo se logra? Consiste en ser capaces de someternos a los deseos de los otros sin ser totalmente sumisos, sin perder la identidad. **En dar sin tener que desaparecer. En amar a los demás desde un corazón que descansa porque se sabe amado.**

Hoy miramos a María que camina hacia Belén. En Ella se da la perfecta armonía, un sano equilibrio. Es la plenitud del hombre nuevo porque amó con toda su alma. Decía el P. Kantenich de María: *« ¿Existe acaso algún ser que haya amado tan intensa y fervientemente como María? ¡Cuánto tuvo que haber amado al Señor! Ella ofreció en el Calvario lo más amado, ofreció al Señor. Y lo hizo eligiéndolo y queriéndolo libremente»*¹. Ella es equilibrio y armonía. Por eso queremos aprender de Ella y le suplicamos que nos eduque. Una persona le rezaba: *«Madre, pongo ante ti mis ansias de pureza. Soy tan impura, tan débil. No puedo hacer nada por mí misma pero en ti está mi esperanza. Madre Inmaculada, santuario vivo de Dios, aseméjame a ti. Llena de Dios cada parte de mi corazón, de mis pensamientos, de mis sentidos. Porque sé que para Dios nada hay imposible»*. Le pedimos a Ella que nos regale la armonía entre lo que sentimos, pensamos y

¹ J. Kantenich, Kantenich Reader Tomo III, Texto tomado semana de acción de gracias, crónica 1939-45

decimos. Entre nuestra vida de fe y la vida cotidiana. Entre lo que somos y hacemos. Entre nuestros ideales y esa voluntad rebelde. Todos tenemos alguna ruptura en nuestro corazón, alguna división y falta de armonía. Estamos revueltos por dentro. Cargamos alguna preocupación, algún miedo, muchas preguntas sin respuestas. Pienso en el Santuario original en el que hace casi cien años se selló la primera alianza de amor con María. Cuando el P. Kentenich y los primeros congregantes llegaron allí el suelo era de tierra. Había mucho desorden y suciedad. No era un lugar de paz. Ellos, con su entrega, con su alegría y disponibilidad prepararon el lugar. Tal vez ese lugar no era el mejor. Como tampoco lo fue el establo donde nació Jesús. Es cierto, Dios no elige los mejores lugares, ni a las personas más poderosas e influyentes. No le interesa el poder, ni el lujo, ni el dinero. A Dios sólo le interesa llegar a corazones dóciles, libres, apasionados. Esos corazones en los que Él pueda actuar y nacer. María preparó un establo y llegó a ser el hogar más maravilloso porque Dios se hizo carne allí. Nuestro corazón es como ese establo, como aquel santuario desordenado y lleno de polvo. Ahí quiere Dios nacer, en medio de nuestra ruptura interior, de ese quiebre que nos aleja de su amor tantas veces. Allí, aunque nos avergoncemos con pudor. Allí, sí, donde a nosotros nos cuesta estar tranquilos, porque nos volcamos con frecuencia hacia el mundo descuidando lo más nuestro. Sí, allí viene a nacer. Hasta allí caminan José y María buscando posada. **Es en nosotros. La historia se hace carne aquí y ahora.**

María llega y nos educa a imagen de Jesús, para que seamos felices, para que amemos de verdad, con el amor maduro, entero y no dividido. Creo que es importante mirarnos y saber reconocer dónde está nuestra ruptura para aceptarla y entregarla con humildad. No tenemos mucho que ofrecer. Sólo lo que somos. Puede suceder que digamos cosas que no sentimos y ahí está el desorden, o decimos cosas que luego no somos capaces de llevar a cabo. O nuestra incoherencia nos lleva a separar lo que creemos y el orden de valores en nuestro ocio, en el trabajo, en cómo manejamos los bienes materiales; en cómo tratamos a los compañeros de trabajo; si nos buscamos nosotros mismos en el ocio o sabemos regalarlo. O quizás nuestra separación se da entre la oración y los actos. O entre los ritos religiosos y lo que vivimos en el interior. O entre el cuerpo y el alma. María es la que nos une. A veces tenemos poca delicadeza en el corazón, y rezamos y vamos a misa o al Santuario, pero dejamos que crezca al mismo tiempo el sentimiento de tristeza, de victimismo, de juicio, de comparación, de envidia, de deseo de posesión de otros. ¿Cómo son los sentimientos de nuestro corazón? ¿Reflexionamos, miramos el corazón de vez en cuando? Una persona rezaba a María pidiendo su abrazo: *«Descalzos mis pies buscan tus playas, infinita la arena que acaricia tu mar. Sin contar las estrellas enmudece el alma y tu voz, María, calma mi ansiedad. Camino despacio, respetando el tiempo, sintiendo tu voz en mi soledad. Callo, gimo, siento, sin decir palabra porque la Palabra sólo la traes tú. Quiero que me abrasces, con paz, lentamente, dejando tu huella marcada en mi piel. Quiero que me mires, como siempre miras, tocando mis labios, calmando mi mar»*. Es la paz que buscamos, su paz. Pero a veces estamos frente a Dios, diciéndole que le queremos, pero guardamos algo en el corazón contra alguien, algo que no superamos. Son rencores o heridas que no perdonamos. ¿Cuál es nuestra ruptura? Hay personas que tienden a la pereza o la comodidad y su ruptura es la incapacidad de llevar a cabo lo decidido, o incluso de decidir cosas, dejando que la vida siga sin tomar las riendas. Otras personas tienen la ruptura en el corazón, personas muy racionales que juzgan, que analizan, pero que no saben lo que sucede en su interior y son poco flexibles con los otros, o con ellos mismos. Otros viven según lo que les apetece en ese momento, por impulsos, sin plantearse nada más. **Miramos a María. Su mirada nos calma. Su abrazo nos sana y nos levanta.**

Hoy celebramos el cuarto domingo de Adviento de la mano de María. La hacemos mirándola a Ella pidiéndole armonía y paz. Y también miramos a José, su esposo. Él supo vivir la paz con María, porque obedeció y se la llevó a su casa, con él, para compartir la vida a su lado. El Adviento, desde el primer día, es una constante invitación a despertar del sueño, de la acedia, de la dejadez. Despertar es la única forma que tenemos para ponernos en

camino. Dios nos invita a salir, a ponernos en marcha e iniciar así un nuevo camino. San José es el modelo: «*Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer*». Mateo 1, 18-24. Despertar y obedecer. La tentación del hombre es siempre la desobediencia. El primer hombre quiso ser como Dios y desobedeció. Porque obedecer era algo limitante y nos dejaba sin luz. Sabemos lo que queremos y pensamos que podemos hacerlo todo a nuestra manera. Entonces, ¿para qué obedecer a otros? La obediencia nos parece algo loable para aquellos a los que no les queda más remedio. Los débiles, los pusilánimes, los que no son creativos y no tienen iniciativa. Ellos sí pueden obedecer. Pero los fuertes, los poderosos, los ingeniosos, los eficientes y capaces. Ésos no necesitan obedecer, porque la obediencia es signo de debilidad. Muchas veces queremos ser como Dios, queremos ser Dios. La obediencia nos asusta, porque nos hace dependientes del querer de otro. José es modelo de obediencia. Hace lo que le dice el ángel y se pone en camino. No discute, no se rebela, no plantea alternativas posibles. Simplemente actúa. Toma a María y se la lleva a su casa. Pero es cierto que antes de que el ángel le hable, José tenía miedo: «*José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto*». José era un hombre justo y había decidido seguir un camino justo. Había optado por no hacer daño a María, por no manchar su nombre. Por eso decide hacerlo en secreto, porque entiende que no puede seguir adelante. Tiene miedo, pero en su miedo da todo lo que puede. Su decisión es muy valiente. José amaba a María. Y amaba, al mismo tiempo, profundamente a Dios. Por eso lo conocemos como el justo. Porque su justicia le venía de Dios. A nosotros también nos cuesta tomar decisiones. Nos parece difícil. Nos da miedo equivocarnos, tenemos miedo. Por eso a veces tomamos decisiones apresuradas, queriendo salir del paso. Dios nos pide paciencia para decidir y actuar. Nos pide que busquemos respuestas en nuestro interior. **Que ahondemos y nos dejemos tiempo para estar con Dios. Para hacer silencio y escuchar.**

La decisión de José es valiente, audaz, fuerte. Nos recuerda la decisión del Papa Benedicto XVI: «*En estos últimos meses he sentido que mis fuerzas han disminuido, y he pedido a Dios con insistencia, en la oración, que me ilumine con su luz para hacerme tomar la decisión más justa, no para mi bien, sino para el bien de la Iglesia. He realizado este paso con plena conciencia de su gran gravedad y también novedad, pero también con una profunda serenidad de ánimo. Amar a la Iglesia significa también tener el coraje de hacer elecciones difíciles, sufridas y poniendo siempre delante el bien de la Iglesia y no a nosotros mismos. He podido experimentar, y lo experimento precisamente ahora, que uno recibe la vida propiamente cuando la da*». Me impresiona volver a leer estas palabras de Benedicto XVI. Al hacerlo me pongo en su corazón. ¡Qué decisión tan difícil! Uno ve con claridad el valor de las decisiones cuando ha transcurrido el tiempo. El P. Kentenich hablaba de «*la resultante creadora*», es decir, de las consecuencias de nuestras decisiones, de los frutos visibles. En esas consecuencias podemos ver si hemos tomado la decisión correcta o no lo hemos hecho. Son los signos que podemos ver, los acontecimientos que nos muestran lo acertada o desacertada que fue la decisión. José y el Papa pudieron ver, con el paso del tiempo, que actuaron correctamente, que hicieron lo que Dios les pedía. Pero en su momento, cuando dieron el primer paso, el más difícil, no estaban las cosas tan claras. Por eso hoy nos invita la Iglesia a mirar a José. Miramos su corazón valiente y dócil, dispuesto a la obediencia, a servir, a dejarse hacer. En la vida nos gusta mucho decir: «*Quiero, lo hago*». Pero nos cuesta muchos más decir: «*Lo acepto, hágase*». Aceptar que otro tome el timón de nuestra barca y decida. Me encanta mirar a José. Me siento muy lejos de él muchas veces. Su docilidad, su serenidad, su paz en medio de la tormenta. Era la roca que necesitaba María. Y, al mismo tiempo, era un hombre valiente y audaz. Se lanza al vacío y confía. Creo que me falta esa confianza, ese abandono. Lo único que le pide Dios a José esa noche es que tome a María y que no la deje. No le explica cómo va a ser toda su vida de golpe, simplemente le pide que dé un primer paso, sólo uno. Luego vendrían muchos más. Le pide el paso más difícil, el primero. José actúa. No habla, no da su opinión, no se queja, ni pone excusas. **Simplemente actúa y tiene la audacia de llevarse a María a su casa.**

Hace falta ser fuertes para seguir al Señor. Decidir siempre es difícil. José tenía esa misma

fortaleza de María. Decía el P. Kentenich: «*Muchas veces miramos a María como una imagen que invita al sentimentalismo. Como símbolo de lo femenino en cuanto sentimental. En cambio, la imagen de María purifica el concepto de fuerza. La fortaleza auténtica y verdadera es la fuerza moral. Es la victoria sobrenatural de la gracia sobre la naturaleza y lo instintivo. La victoria de la gracia es el gran rayo que irradia María para revelar la verdadera y auténtica imagen de lo humano*»². La fuerza de María choca con una imagen sentimentalista que tenemos de Ella. Sabemos que María es modelo de obediencia y docilidad. De disponibilidad y fortaleza. Ella mira a su Padre como la más pequeña de sus hijas. No se cree superior a nadie. El P. Kentenich comentaba: «*En María todo era íntegro. En nosotros el entendimiento esta ofuscado por el pecado original. Todo se nos muestra en ella. Arraigada en Dios, atraída por Dios, orientada hacia Dios*»³. La obediencia a Dios es algo connatural a su alma filial, dócil, trasparente y enamorada. María se nos muestra como madre y educadora. Nos enseña en la obediencia. María es fuerte y firme. La fortaleza del alma se trabaja, se ejercita. La niña dócil y débil, aparentemente débil, no lo es, es la más fuerte porque ha puesto toda su confianza en Dios. Así es en nosotros cuando pronunciamos nuestro Fiat. Pero no sólo el primero, sino el fiat de cada día, de cada situación, de cada escena. Hoy miramos a María para que nos haga más fuertes, más firmes y recios. Capaces de mantener en el tiempo nuestras decisiones. ¡Cuánto cuesta a veces esa fidelidad en lo pequeño, en el amor cotidiano! Nos maravillan los grandes saltos de conversión, los cambios espectaculares de rumbo. Pero no nos llaman la atención los gestos que mantienen la barca en la misma dirección. Esos gestos minúsculos, imperceptibles. Es ese sí oculto en la oración. Sobre él no se hace ninguna película, ni se trasmite como testimonio. Casi ni se ve. Pero es el más importante y el que va fortaleciendo el alma para los momentos difíciles de la vida. La fortaleza cotidiana es la que María nos enseña en la alianza. Es la que forja en nuestro **corazón cuando nos dejamos hacer, cuando Ella puede tomar posesión de nuestra vida.**

San José escuchó en sueños la voluntad de Dios y desapareció el miedo: «*Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: - José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de los pecados*». El ángel le muestra la voluntad de Dios. Es difícil hacer ese discernimiento de espíritu para descubrir la voluntad de Dios. No suele ser fácil descifrar los planes de Dios. Decía J. Philippe: «*Es posible que durante la oración se nos ocurran hermosos y profundos pensamientos, ciertas luces sobre el misterio de Dios o unas perspectivas alentadoras en relación con nuestra vida, etc. Esta clase de luces o de pensamientos suelen ser una trampa y debemos estar en guardia. Por supuesto que en algunas ocasiones Dios nos comunica luces e inspiraciones durante la oración. Pero es preciso saber que algunos pensamientos que surgen en nosotros pueden ser tentaciones; al detenernos en ellos nos apartamos, de hecho, de una presencia de Dios más pobre pero más auténtica. Estos pensamientos nos arrastran, en ocasiones nos exaltan, terminamos por cultivarlos y quizá por estar más atentos a ellos que al mismo Dios*»⁴. Dios nos habla de forma sencilla, en la pobreza. No podemos esperar que la oración esté llena de grandes revelaciones, de inspiraciones divina que nos llenen de paz. No suele ser así. Dios habla en lo cotidiano, en el silencio. Así es como se va conformando nuestra voluntad con la de Dios. Así ocurrió en María, como dice el P. Kentenich: «*Existe una lucha por las cosas de lo alto que nos hace crecer en la conformidad con la voluntad de Dios. ¿Alcanzamos a vislumbrar cuán grande fue la lucha que hubo de librar María? Fue un debatirse entre el amor maternal noblemente instintivo y natural, y el amor a todo el mundo, el amor a la humanidad redimida. Al contemplar a Jesús que se desplomaba bajo el peso de los pecados del mundo, imaginen con qué intensidad habrá experimentado la Madre del Señor esa carga de los pecados de todo el mundo*»⁵. Con frecuencia en el silencio nos habla Dios. Y sus caricias son soledades, sequedad del alma, incluso el vacío. Pero allí sigue

² J. Kentenich, Kentenich Reader Tomo III, Texto tomado semana de acción de gracias, crónica 1939-45

³ J. Kentenich, Kentenich Reader Tomo III, Texto tomado semana de acción de gracias, crónica 1939-45

⁴ Jacques Philippe, "Tiempo para Dios"

⁵ J. Kentenich, Kentenich Reader Tomo III, Texto tomado semana de acción de gracias, crónica 1939-45

Dios actuando. Nos podemos dejar llevar por el deseo de tener grandes revelaciones. Buscamos experiencias que nos devuelvan la alegría. Experiencias fuertes, profundas. No nos contentamos con el camino de cada día, con lo cotidiano. Y es lo cotidiano lo más frecuente en nuestra vida. Hay personas que viven su fe de experiencia en experiencia. No les basta la rutina, el caminar diario. Pretenden que cada día sea espectacular, porque sin esa luz no pueden vivir. Se engañan, nos engañamos cuando queremos vivir nuestra fe así. Así no la vivió José. Él supo florecer en el camino a Belén envuelto de oscuridades. Supo caminar despacio sin entender hasta Egipto. Supo alegrarse en el trabajo discreto y humilde de Nazaret. Sin grandes experiencias y revelaciones. En ese pasar de los días cadencioso y sencillo. **Así, despacio, sin miedo, calmados, obedecieron José y María.**

En este domingo vemos a José y a María camino a Belén. Ya se acercan. Es impresionante pensar en ese Dios que ya se ha hecho carne y camina con nosotros. Realmente, como me decía el otro día una persona, el color del Adviento no debería ser morado. Porque no hay dolor en la espera sino alegría. Tal vez el rosa del tercer domingo sería el más apropiado para el Adviento. Un color de espera, de alegre preparación. Pienso en mi madre que, cuando celebra una pequeña fiesta, la que sea, una comida fuera de casa, o algo pequeño, le gusta vestirse de rosa. Así debería vestirse nuestra alma en este alegre camino a Belén. María lleva en su seno la luz, la esperanza. Ella espera feliz el momento de abrazar a Jesús, de tenerlo en su pecho. Hoy escuchamos que Dios está con nosotros, que se ha quedado para siempre: *«El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: - María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el Profeta: - Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa 'Dios-con-nosotros'»*. Es la promesa de este domingo. Dios viene a poner su morada entre nosotros. Es un Dios que está con nosotros, Dios presente en medio de los hombres. Dios que nos ama y quiere buscarnos. Es verdad que los hombres vivimos huyendo de Dios, evitando el encuentro. Él respeta nuestra libertad, pero viene a nosotros para cuidar nuestro camino. Respetando, pero caminando con nosotros. Aunque no lo veamos, aunque nos interesen tantas otras cosas que nos suelen dejar vacíos. Hay mucha soledad y mucha desesperanza. El Papa Francisco comentaba este verano en Brasil: *« ¡Cuántas dificultades hay en la vida de cada uno! Pero, por más grandes que parezcan, Dios nunca deja que nos hundamos. Con frecuencia se abre camino en el corazón de muchos una sensación de soledad y vacío, y lleva a la búsqueda de compensaciones, de estos ídolos pasajeros. ¡Qué triste es quedarse empachado de cosas vanas y no alimentados de la fe! Con la cruz Jesús se une al silencio de las víctimas de la violencia, que no pueden ya gritar, sobre todo los inocentes. Jesús con su cruz recorre nuestras calles para cargar con nuestros miedos, nuestros sufrimientos, también los más profundos»*. En ese vacío, en esa soledad, llega Cristo. Se hace carne para caminar a nuestro lado, entre nosotros. Pasa desapercibido pero nos sostiene. A veces no lo vemos, no lo oímos, pero está ahí. Una persona me escribía: *«Recé. Solo ante Dios. Quise explicarme el porqué del fracaso. Solo ante Dios. Explicarlo. Pero Dios estaba mudo. Callaba. Su silencio me dolía más que el fracaso. Su silencio. Su eterno silencio. Pero al final Dios habló. Al final parece que siempre habla. Nunca nos deja solos. Habló todo el mes, cada día. Su silencio se llenó de palabras, de gestos, de sonrisas. Su silencio murió, Dios estaba vivo. Y ahora ya no quiero explicar el fracaso, no hace falta, el mes vivido lo ha explicado todo»*. A veces es así el proceso en nuestra vida. Nos impacientamos buscando respuestas, gritos, palabras. Queremos saber si vamos bien. Gritamos a un Dios mudo. Pero Dios calla, aguarda, sueña. Y nosotros nos desesperamos impacientes exigiendo signos. Parece estar ausente, sin voz. La Navidad es la voz de Dios, su Palabra, la única palabra importante. Dios nos habla en el silencio de Belén y viene a vivir en nosotros, con nosotros, en lo más cotidiano de nuestra vida. **Nos pide que tengamos paciencia, porque siempre viene, siempre está. A nuestro lado, caminando con nosotros.**